

EL "VIEJO CASO" BERTOLT BRECHT

IV

EL PROCESO DE LÚCULO

No es literariamente lo mejor de Brecht y sin embargo existen razones, al margen de la Literatura, para dedicarle un comentario. Mucha obra actual nos parece inconsistente sin el apoyo escandaloso y tercerón de la política de entrebastidores. Y esto fué lo que pasó con «El proceso de Lúculo».

En 1939 fué escrito como guión y estrenado por una estación de radio suiza.

La guerra, la II Gran Guerra europea se cernía sobre el viejo continente. Consideraron entonces los pescadores de río revuelto muy oportuna la expresión clara, sincera y serena de «El proceso de Lúculo» por atacar directamente a la ideología de beligerancia, al «espíritu de conquista» y a la «vanidad de un militarismo glorioso». Entonces sí que fué oportuno porque era el nazismo el problema a debatir y combatir, pero cuando el 17 de Mayo de 1951 fué puesto en escena en el Berlín-Este con música de Paul Dessau, estaba en plena efervescencia la guerra de Corea y no creyó la jerarquía del P. C. que fuera el momento de exponer y exhibir unas teorías de no agresión que ellos no podían avalar.

Así, pues, el poema primitivo se convirtió en ópera, y el general romano descendió a los infiernos para comparecer ante un tribunal que condena como bárbara toda agresión y como locura toda guerra de conquista.

Sin embargo, el P. C. actuando siempre con una extraña e inteligente habilidad, no prohibió ni suspendió la representación de lo anunciado «con gran aparato publicitario», sino que autorizó tres representaciones bajo control y tutela.

Deberíase tomar el caso Brecht y las circunstancias en que fueron representadas sus obras como ejemplo de actitudes a tomar respecto a un autor al que no se le debe convertir en mártir, perseguido ni en sugestivo prohibido. Ni mártires, ni placeres ocultos.

Pese a las precauciones la obra triunfó frente al público y fué atacada ferozmente por la crítica oficial.

Autor y compositor fueron violentamente enjuiciados bajo todos los ángulos.

«Invitado» Brecht a dialogar, sobre lo que había hecho, con jerarquías del partido, sostuvo ante ellas una conversación de ocho horas, al cabo de las cuales declaró con su proverbial y característica ambigüedad:

—En qué lugar del mundo podría encontrarse un gobierno que demostrase tanto interés por los artistas y que le prodigasen tantas atenciones (1).

Brecht revisó el texto de «El proceso de Lúculo» y Dessau la partitura. Ciertos pasajes fueron eliminados, se

cambió el título por el de «La condenación de Lúculo», y se hicieron más claros distinguos entre lo que es una guerra de conquista y una guerra de defensa nacional.

La versión corregida se estrenó el 12 de Octubre de 1951 (2). Fué acogida con relativo agrado, «pero a pesar de todo», aquéllo verdaderamente no tenía arreglo.

A partir de este instante, es cuando consideramos que se produce en Brecht un desplome positivo. Afronta los peligros y suscita las polémicas con ánimo deliberado.

Parece importarle todo muy poco. Autoriza la representación de sus obras en la Europa occidental y parece adoptar el lema, que intuimos le produciría más amargura, antes de caer en la traición de «doblegarse a las exigencias de las autoridades, permaneciendo, conservando y salvando en lo posible las convicciones esenciales».

El desengaño es más doloroso cuando por íntima honradez se debe y se quiere permanecer fiel a los principios.

Vienen después de *Leben des Galilei* («Vida de Galileo»), con ambigüedades y soterradas insinuaciones, mordaces y molestas; la cantata para coros *Herrnburgen Bericht* escrita conforme a los deseos del mando, pero no autorizada por el autor para incluirla en sus obras completas, ni antologías futuras; las adaptaciones de *Deutsche Misere* («Miseria de Alemania»), *Der Hofmeister* («El Preceptor»), *Zerbrochener Krug* («El cántaro roto») y *Fausto*.

PROCESO A BRECHT

En tres trabajos publicados en esta revista, muy escuetos y condensados en relación con lo que queda por decir de este autor alemán de nuestros días, y amparados bajo el título general de el «viejo caso» Bertolt Brecht, hemos querido, en la medida de lo posible, aportar unos datos para el conocimiento de unos hechos y de una obra poco conocida y que, sin embargo, encierra todo el símbolo de las circunstancias difíciles en que nos ha tocado vivir y crear a muchos europeos sometidos a las exigencias de la política.

No es el caso de Brecht nuevo ni único, y por eso es conveniente estudiarle, conocerle e incluso convertirle en fórmula.

Hemos procurado enjuiciar lo menos posible, y dejar a los lectores que enjuicien con estos datos el «proceso a Brecht», tan dificultoso como bicrante.

Hay que sentar en principio unos nuevos jalones de «distinta moral ética», imprescindibles a una existencia que nos ha tocado vivir de vidriosos sistemas.

Tiene que comprenderse que la posición de los intelectuales es más comprometida que nunca, y en su descargo alegar el mero instinto de conservación.

Como a intelectual puro, como a escritor, literato y autor teatral, a Brecht le repugna la línea leninista-marxista, porque nada es justificable, si se produce bajo un solo quejido humano, un solo dolor, un simple lamento. Y la humanidad es actualmente un cuerpo sangrante y presionado.

No le importa quien produce el dolor; condena a quienes le producen. Considera toda guerra infernal, y no admite que el fin justifique los medios.

Como hombre íntegro, como ser puro, a Bertolt Brecht le asquea traicionar sus ideas, sus principios. No ser fiel a sí mismo.

Este es el drama, casi vital, de Brecht. Solo que Brecht llega a una situación en la que se convierte en arma de dos filos para cualquier sociedad. Cuestión de prestigio es retenerle y aun aguantarle.

Aunque esta situación esté en contraposición al sistema y entonces sea el sistema el que quede comprometido por la fuerza individual del hombre.

Puede haber en Brecht alguna cobardía, ciertas claudicaciones, quizá un astuto juego de dos barajas, posiciones ambigüas y ambivalentes, desdoblamiento, y con ello, un peligroso «pasarse de listo».

En ello estamos al plantear como último recurso «proceso a Brecht».

Existe indudablemente un valor literario, de pensador, de malabarista de la expresión, de riesgo.

No hay en Brecht un traidor y sí un hombre agarrado a la última esperanza que le aportaba el sistema político en que siempre creyó y militó.

Reconocía en una de esas claras y luminosas parábolas en que gustaba expresarse (3) que tanto Occidente como Oriente parecen regímenes tarados y enfermos y que solo resta una dosis de salvación.

¿A quién administrársela, a un cuerpo viejo y pasado o a una futura madre, joven y quizás corrompida?

Cabe admitir y cabe la posibilidad de que esa futura madre, esa futura sociedad, de un cuerpo sano un mundo mejor y unos sistemas que modificados proporcionen la mayor felicidad posible al mayor número de seres.

Esta es la esperanza de todos y esta fué la esperanza de Brecht.

Esperanza, una virtud que nunca le faltó.

F.

(1) «Los últimos años de Bertolt Brecht», de Martin Esslin.

(2) National Zeitung. Berlín-Este.

(3) «Retracto».